

UNA NUEVA DOCTRINA ECONOMICO-SOCIAL; LA TECNOCRACIA

— por Jorge Iván Hübner G. —

I. PRELIMINARES

LA prodigiosa evolución del mundo en los últimos cien años, los adelantos de la ciencia y de la técnica, el crecimiento cada vez mayor del régimen capitalista, han trastornado totalmente las condiciones de la vida humana.

Grandes usinas lanzan día a día inmensas cantidades de productos; aviones, automóviles y ferrocarriles cruzan la tierra a velocidades vertiginosas; la voz es transportada en forma instantánea de un punto a otro, a miles de kilómetros...

Pero en el reverso de esta visión de fantástico progreso, nuevos dolores, nuevos problemas, nuevas angustias nacen, también, de la transformación del mundo. Nunca, como hasta ahora, se había visto tan hondo malestar colectivo. Las desigualdades abren grietas profundas en la estructura de la sociedad; hay grandes masas de hombres con hambre y grupos pequeñísimos de privilegiados. Crisis periódicas de la economía sacuden el organismo social, arrojando millones de obreros a la desocupación.

Comunismo, socialismo, fascismo, anarquismo, son otras tantas formas de inquietud ante la realidad de nuestra época. De todos los ámbitos surgen falsos profetas con nuevos evangelios de salvación social.

Participando en algo del carácter de los «ismos», pero con peculiaridades originales, la «tecnocracia» ha sido concebida, en los últimos años, como una doctrina de inesperados recursos. No era extraño que la influencia de la técnica se dejara sentir en los más diversos aspectos del pensamiento contemporáneo. El hombre da vida a la máquina, y la máquina reacciona a su vez sobre el hombre, creando nuevos problemas y formas de pensar. La tecnocracia, claro traspunto de la influencia de la técnica en la mentalidad moderna, pretende fundar en ella una organización social perfecta. Cuáles son los principios de esta concepción, cuál su importancia y su alcance, es lo que vamos a analizar, después de un breve esbozo de sus orígenes históricos.

Hacia 1920, un grupo de hombres de ciencia formó un centro de investigaciones, que se llamó «Alianza Técnica», con el fin de hacer un recuento de las «energías» de los Estados Unidos. Jefe e iniciador de este movimiento fué el ingeniero Howard Scott, de la cátedra de Tecnología de la Columbia University de Nueva York. Bajo los auspicios de esta Universidad colaboraron también el Dr. Richard Tolman, del Instituto de Tecnología de Londres; el profesor Walter Rautenstrauch, de la sección de enseñanza industrial de la Universidad de Columbia; el investigador Charles P. Steinmetz; el profesor Thorstein Veblen y un numeroso grupo de ingenieros, arquitectos, físicos, bioquímicos y otros hombres de ciencia.

Los estudios comenzaron con el examen de 3,000 productos en su desarrollo desde 1800, en cuanto permitían conocer los recursos materiales de la América del Norte. La historia de cada uno de ellos fué consignada en varios cientos de gráficos, con una indicación matemática de la energía y el trabajo humano que se gastó en su producción.

Tal era la obra, silenciosa y desinteresada, que los tecnócratas desarrollaban en 1920. Difícil era prever entonces las proyecciones que iba a tener en el futuro una investigación que parecía puramente científica.

En 1932, después de algunos años en que su desarrollo estuvo casi detenido, la tecnocracia resurge poderosamente, siempre encabezada por Howard Scott y un grupo de perso-

nalidades del mundo de la ciencia. Pero esta vez, ya no se trataba de la serena investigación científica. La tecnocracia sobrepasaba todos los límites previstos, para convertirse en toda una filosofía, en una nueva concepción económica, política y social, que iba a tener hondas repercusiones en la opinión pública de los Estados Unidos.

II.—CONTENIDO IDEOLOGICO

Como toda doctrina nueva de alcance reformista, la tecnocracia comienza por la crítica de la organización social contemporánea. Y afirma la bancarrota del régimen de producción capitalista y la crisis total de la economía clásica. Los actuales sistemas económicos y políticos no han podido adaptarse a las nuevas condiciones de vida que ha traído consigo el progreso científico, técnico e industrial. «La causa fundamental de la desastrosa depresión actual, radica en que hemos tratado de verter vinos nuevos en odres viejos.»

El desplazamiento del hombre por la máquina adquiere una gravedad creciente. Hoy día existen maquinarias que producen un trabajo dos millones de veces superior al de un hombre normal que trabaje ocho horas diarias. En la industria del hierro, un operario produce en la actualidad, en una hora, la misma cantidad que no hace más de 50 años se producía en 650 horas. La producción de ladrillos ha pasado, en un siglo, de 450 a 400,000 ladrillos por obrero; 100 obreros, con maquinarias adecuadas, podrían suministrar todo el ladrillo que necesita la industria de construcción americana. En el campo de la agricultura, un cultivador realiza hoy, en una hora de labor, un trabajo que hasta hace sólo unos 100 años le habría exigido 125 días completos. Y últimamente, en Nueva Jersey, se ha llegado a construir una fábrica de tejidos de algodón que trabaja durante 24 horas sin la intervención de ningún obrero.

Este ritmo de constante progreso, no dirigido en forma conveniente, provocará, a muy corto plazo, los más serios trastornos. «Si continuamos dejándonos llevar a la deriva, afirma Howard Scott, en dos años tendremos 20 millones

de desocupados...» ¿Qué tremendas perspectivas se nos presentarán entonces?

Por otra parte, el adelanto científico y técnico ha dotado a la humanidad de una potencia que, bien dirigida, le permitiría vivir en condiciones de la mayor prosperidad con un mínimo de trabajo. Desgraciadamente, las naciones no han sabido organizar sistemas económicos que les permitan utilizar en forma conveniente las inmensas cantidades de energía de que disponen.

A base de estas ideas, la tecnocracia expone sus soluciones.

Y, antes que nada, proclama la necesidad de abolir el régimen de la libre concurrencia, con su ley de la oferta y la demanda y su sistema de precios.

«No tenemos necesidad de la ayuda de los republicanos, de los demócratas, de los socialistas, de los fascistas ni de los comunistas, escribe Howard Scott. Cada uno de esos grupos es, a su manera, admirador del precio. Lo que nos hace falta es un sistema basado en el conocimiento y la comprensión de la energía de la cual disponemos.»

Como primera medida para suprimir el actual sistema de los precios, los tecnócratas proponen el reemplazo de la moneda por vales que representarían cierto número de unidades de energía, intransferibles y válidos por un año. El hombre viviría así participando en forma racional de la energía producida y sin que le fuera posible capitalizar o acumular riquezas. Consecuencialmente, desaparecería también el préstamo a interés. «Un individuo no podría comprar en un período determinado sino la cantidad fijada por la autoridad central.» «Se adaptaría el poder de compra distribuido a las cantidades producidas. Los precios podrían ser fijados en función de las cantidades de energía empleadas en la producción y en la distribución del producto.» (George Soule.)

Howard Scott repite con otras palabras estas mismas ideas; haciendo resaltar aun con más fuerza la importancia de la energía como verdadera medida de valores: «En un régimen basado en el precio, la riqueza consiste en la formación de un crédito. Un hombre no es rico sino en la medida que es acreedor. Su riqueza reviste la forma de títulos de

crédito (acciones, obligaciones, monedas, etc.). Pero estos títulos son reducidos a unidades de valor. Ahora bien, el valor no puede ser medido, no tiene equivalente métrico.» «Con la energía podemos vivir y producir lo que nos es necesario. Sin ella moriríamos. Es ella la que más contribuye a crear la riqueza material. Ahora bien, nuestra crisis actual no proviene de dificultades para crear la riqueza material. Tal es la capacidad de producción de América, que con nuestro equipo actual, tendríamos para vivir durante mil años, siempre que abandonáramos el sistema de precios...»

La supresión del régimen de libre concurrencia y del sistema de precios actual, supone una fuerte intervención del Estado en todos los aspectos de la economía. La tecnocracia respeta la propiedad privada, pero la somete a grandes limitaciones. El Estado llega a la posesión de todos los medios de producción y distribución. En el campo de la agricultura, por ejemplo, se organiza un plan de explotación industrial, eliminando al agricultor individualista; el colono queda con el usufructo de la tierra, pero pierde su plena posesión. Sin querer adelantarnos a la parte crítica de nuestro trabajo, podemos ya hacer notar las semejanzas de esta concepción con ciertos tipos de socialismo.

En lo que se refiere al trabajo, la tecnocracia le asegura tan excelentes condiciones que lo convierte en la mayor holganza. Se dice que en la América del Norte, bien aplicados los actuales adelantos técnicos, la población podría tener un standard de vida diez veces más elevado, trabajando sólo cuatro horas al día durante cuatro días de la semana. Además, estarían exentos de todo trabajo los individuos mayores de 45 años o menores de 25. Y como se habría suprimido el régimen de la libre concurrencia con su sistema de oferta y demanda, habrían desaparecido también las crisis periódicas de la economía y la desocupación de los obreros. Todos gozarían de excelentes salarios, dentro de la más absoluta igualdad.

Minard expone la forma en que se llegaría a hacer realidad esta organización ideal de la sociedad:

«Toda esta reorganización de la economía sobre bases nuevas presupone evidentemente una economía dirigida, un

control central de la repartición de las entradas, el fin de la iniciativa privada en la gestión de los negocios.»

«Estos son los medios. ¿Cuáles serán las fuerzas que realizarán el plan? La tecnocracia: la dominación, el gobierno de los técnicos, de los ingenieros. Los tecnócratas repudian la política y la economía. Esta última se confunde para ellos con la técnica. ¿Las leyes económicas? El ingeniero las manejaría como maneja los kilowatts, las atmósferas y los H. P. ¿Las contingencias políticas? La tecnocracia no se preocupa ni de socialismo, ni de comunismo, ni de fascismo. ¿La democracia? El técnico le opone la tecnocracia, el reino de los ingenieros.»

Tales son, a grandes rasgos, los principios de la tecnocracia y los medios concebidos para aplicarlo en la realidad. Cuál es el verdadero alcance de esta doctrina, sus posibilidades prácticas, sus aspectos utópicos y sus relaciones con otros sistemas económico-sociales, es lo que vamos a examinar en la parte crítica de este trabajo.

III.—APRECIACION CRITICA

La más fundamental de las objeciones que hasta ahora se han hecho a la nueva concepción de la sociedad, es la que George Soule resume con estas palabras: «Mi conclusión es que lo que los tecnócratas nos aportan, es, sobre todo, una publicidad nueva para ideas antiguas.» La tecnocracia es una forma más del socialismo utópico de hace un siglo, sin más ni menos originalidad. Nacida en los Estados Unidos en medio de los inmensos adelantos de la época contemporánea, esta nueva forma de socialismo sólo se diferencia de las anteriores en su aspecto técnico, matemático, especializado: en su adaptación más perfecta a las condiciones de vida actuales, pero no por eso menos irrealizable. Como tan bien lo señala Minard, «América da nacimiento a un socialismo utópico autóctono, más de 100 años después del nacimiento del socialismo en Europa, cuna del capitalismo moderno». Y agrega este autor: «Sin embargo, este lapso de un siglo determina rasgos nuevos en los utopistas americanos, los tecnócratas. El socialismo utópico europeo surgió al comienzo, en el nacimien-

to mismo del orden capitalista. La tecnocracia, último retoño tardío del socialismo utópico, nace en medio de las convulsiones de agonía de este orden y se basa en los resultados técnicos de un siglo de historia, de una historia que encierra la grandeza y la decadencia del capitalismo. Visto el estado rudimentario del capitalismo de hace un siglo y sin poder prever su desarrollo real y la aparición del proletariado como fuerza activa de la transformación socialista, debía contentarse con trazar cuadros fantásticos de la sociedad futura y descuidar al obrero. Los tecnócratas, en nuestra época, no tienen excusa.»

La tecnocracia hace la crítica del régimen capitalista como la hacen también Saint-Simon, Fourier y Owen en el siglo XIX; y para transformar la sociedad, proclama concepciones que mucho tienen de Proudhon y de Marx.

Para resumir estos puntos de vista, podríamos decir que la tecnocracia es el socialismo utópico visto a través de la técnica.

Pero, precisamente a causa de esta visión técnica, sólo podría ser intentada su aplicación en el país que le dió origen, en los Estados Unidos de Norte América. Salvo, además, uno que otro estado europeo, ninguna nación ha alcanzado todavía el grado de adelanto necesario como para que sus pobladores puedan tener un standard de vida diez veces más alto que el actual, trabajando cuatro horas por día durante cuatro días por semana. Y aun en los Estados Unidos, esta aseveración parece más que aventurada. Es sugerente el hecho de que los impugnadores de la tecnocracia hayan sabido demostrar numerosos errores en los cálculos y apreciaciones de Howard Scott y sus prosélitos.

En su aspecto puramente filosófico, la nueva doctrina es del más claro tipo materialista. Se fundamenta, ante todo, en la importancia de la máquina: se adhiere al postulado del materialismo histórico y parece ignorar la trascendencia de los valores espirituales en la vida humana. Renovación de añejos principios positivistas y escépticos, en un instante en que todo el movimiento filosófico de los pensadores del mundo se orienta nuevamente en una dirección espiritualista.

Por último, algunos autores han acusado a los tecnócratas de parcialidad. Se afirma, con indiscutible penetración, que

«la tecnocracia representa un punto de vista exclusivo, el punto de vista del ingeniero».

Con demasiada frecuencia se olvida que la realidad humana es muy distinta de la realidad física. Los fenómenos sociales son demasiado complejos para ser expresados en una ecuación matemática; el hombre, en la inmensidad de su proyección espiritual, en la grandeza de sus inquietudes y de sus ideales, en la excelsitud de su pensamiento, está infinitamente más allá del alcance de una regla de cálculos. Un comentarista del *Week End Review* de Londres resumía estas mismas ideas en las siguientes líneas:

«Uno se pregunta si esta teoría no es una interpretación parcial y deformada de los hechos que ella expone. Estas sospechas son ampliamente confirmadas por la investigación. Los tecnócratas están obsesionados por la mecánica y la técnica. Ellos demuestran a un mundo que en la hora actual les escucha a gusto, que el maquinismo y la técnica de distribución deben ser abolidos. Sugieren, de una manera un tanto única, una posible sustitución.» Después de algunas otras consideraciones, el mismo comentarista agrega: «El problema cardinal del siglo XX—cómo transformar la estructura política del mundo, cómo hacerlo pasar de un sistema de beneficios privados a un sistema de beneficios colectivos, sin que el edificio se desplome y sin que haya derramamiento de sangre—no ha sido resuelto por la tecnocracia y probablemente no lo será nunca. Pues tal obra no exige simples ingenieros, sino ingenieros sociales hábiles para juzgar y para dirigir los delicados rodajes de este mecanismo complejo e intangible que es la civilización.»

El criterio de un estadista—amplitud de visión, comprensión de los problemas humanos, conocimiento de los fenómenos sociales—es totalmente opuesto al criterio del técnico—preocupaciones especializadas, falta de penetración de la realidad humana, ignorancia completa de lo social.

No es el gobierno ideal el que sólo esté formado por políticos, ni aquél en que no haya más que técnicos. La concepción del gobierno perfecto está en la colaboración armoniosa de los políticos y los técnicos, los primeros apreciando

la realidad en visión de conjunto, los segundos, solucionando los problemas de especialización que en cada caso se presenten y que no sólo requerirán la atención de un ingeniero. Dentro de la complejidad de los fenómenos sociales, deberá existir un cuerpo de técnicos especializados para cada grupo de problemas: económicos, biológicos, culturales, jurídicos, sociológicos, etc.

El único aporte que verdaderamente representa la tecnocracia para el pensamiento contemporáneo, es su examen cuidadoso de las energías disponibles en los Estados Unidos, y en general, la realización de un interesante esfuerzo estadístico. En lo demás, sus concepciones carecen de originalidad. Por sus caracteres de socialismo utópico, por la limitación de su visión a un campo materialista, y aun más, a un campo puramente técnico, la tecnocracia sólo tuvo momentos de apogeo cuando aparecía como un movimiento de aparente renovación ideológica; pero no tardó en caer en el más completo de los descréditos.

Cuando la tecnocracia abandonó el campo de la investigación científica para adquirir un carácter netamente político, la opinión pública de los Estados Unidos cobró importancia como una fuerza decisiva en el desarrollo del movimiento. Y se vieron, así, discusiones y polémicas, discursos de propaganda o de ataque, conferencias por radio, artículos de prensa en un sentido o en otro. Como toda nueva doctrina de proyecciones sociales, la tecnocracia conquistaba partidarios y se hacía de enemigos. Su reaparición hacia 1929 coincidía con la intensa crisis económica de aquellos años, en que el pueblo norteamericano, sometido a toda clase de limitaciones, estaba dispuesto a acoger con entusiasmo cualquier sistema que le ofreciera un mayor bienestar y prosperidad. La tecnocracia, con sus ideales de una organización social perfecta, encontró arraigo en la desorientación de los espíritus y tuvo horas de esperanzas y de triunfos. Pero su boga iba a ser pasajera, como la de toda doctrina nueva, que a más de no ser nueva, no ofrece a sus adeptos ninguna posibilidad de una realización concreta.

Pocos años después de su resurgimiento, las filas de la tecnocracia comenzaron a desintegrarse. Un malestar inde-

finible conmovía las bases mismas del movimiento. Se acusó a Howard Scott de preparar una gira por toda América, con el fin de crear un ambiente propicio a la revolución. Por otra parte, algunos hombres de negocios tomaron decisivamente una actitud contraria a los principios tecnocráticos, cuya difusión comenzaba a ejercer una influencia perniciosa en los negocios, y amenazaba producir un verdadero pánico entre los compradores. Las zozobras de Howard Scott y su grupo culminaron con su expulsión de la Columbia University. Al mismo tiempo, algunos de los más destacados representantes de la tecnocracia, disconformes con ciertas declaraciones doctrinarias, se separaron de sus colegas para continuar el examen de las energías de los Estados Unidos desde un punto de vista exclusivamente científico. El Profesor Walter Rautenstrauch, dirigente del movimiento separatista y director de la sección de enseñanza industrial de la Universidad de Columbia, ha declarado formalmente que la tecnocracia ya no existe en la Universidad.

El descrédito en que se encontraba, su falta de partidarios en la opinión pública del país y las irreparables divergencias entre sus fundadores, terminaron por hacer definitiva la decadencia de la tecnocracia.

Hoy en día, ya nadie piensa en las ideas de Howard Scott. Los dirigentes de su grupo han vuelto a sus actividades de enseñanza o de investigación científica, abandonadas bajo una inoportuna inspiración. En cuanto a los que se adherían como prosélitos de la nueva doctrina en la esperanza de que realizara una transformación de la sociedad, se agrupan hoy bajo la sugestión de poderosas místicas, en los organizados cuadros de los partidos políticos. Hay antiguos tecnócratas que se han pronunciado por el comunismo; otros, que han adoptado las ideas socialistas; otros, por fin, que no han sabido donde cobijar su desorientación y su angustia.

Intento audaz de un grupo de hombres de ciencia soñadores, doctrina efímera y utópica, sin arraigo en la realidad ni fortaleza en el espíritu, la tecnocracia se ha sumido en un silencio del cual, tal vez, ya nunca volverá.